

mensa dicha, y el de una tristeza profunda.

La dicha viene de que Ester me ama. Ayer me lo dijo. Después que mis padres conferenciaron con ella y le dieron á conocer cuánto la quieren y cuán satisfechos están de mi elección, no pudo ya defenderse. Nuestra entrevista fué breve y encantadora. Me dijo que á todos los de esta casa nos quería mucho, y á mí más que á todos. Solamente las mujeres conocen el secreto de pronunciar frases tan breves, tan sencillas y tan llenas de sentido. Sus palabras llegaron hasta el fondo de mi corazón y me convirtieron de un golpe en el hombre más feliz de la ciudad, del Estado, de toda la República. Me quedé extático. Desde ese momento y durante todo nuestro diálogo, apenas supe lo que hice ni lo que dije. Me parecía que soñaba, como si tanta dicha no cupiera en mí, y no fuera digno de ella.

¡Qué joven tan hermosa, qué mujer tan admirable, qué alma tan buena! Vale por sí sola más que todos los triunfos, que todas las glorias, que el mundo entero. Me siento tan satisfecho con su corazón, que no quiero más ni deseo ya nada, sino que Dios me permita llevarla pronto al altar, y tener á su lado una vida oculta, tranquila é iluminada por el sol resplandeciente de su amor.

Por desgracia mi hermano ha tenido un acceso de asfixia en cuanto ha sabido lo que ha pasado. Madre le llevó á nuestro lado para que nos felicitase, y á nuestra vista, después de haber pretendido decirnos gratas palabras y de haber acabado prorrumpiendo en amargas quejas, ha caído en tal angustia y sofocación, que mi padre y yo hemos temido seriamente por su vida, y nos hemos visto obligados á llamar á dos colegas para que nos auxiliasen á conjurar la crisis. Con gran esfuerzo hemos logrado combatirla; pero el estado del paciente se hace más serio á cada momento.

Es una nueva demostración de que mis sospechas no son infundadas.

¡Qué desgracia! No poder gozar la inmensa felicidad de estos momentos, sin la amargura de saber que mi dicha lastima y hiere el corazón de mi propio hermano.

IX

La incógnita está despejada. Mis padres y los médicos no ignoran ya la funesta inclinación de Gabriel hacia Ester. Atacado por la fiebre de un reumatismo agudo relacionado con sus padecimientos cardiacos, ha pronunciado en su delirio palabras que han traicionado sus sentimientos. Se-

gún me ha dicho mi madre, han sido frases como estas:

—A mi hermano todas las dichas y á mí todos los dolores.

—A él lo quiere y á mí no. Los dichos atraen la dicha y los infelices la desgracia.

—No he de decir que quiero á Ester aunque me muera.

—¡La muerte antes que verlos unidos!

Como consecuencia de esas revelaciones, mis padres nos han rogado á Ester y á mí no entremos en el cuarto del paciente. A mí me han dicho francamente la causa; á ella no. Cosa extraña, Ester no ha sospechado hasta ahora lo que hay en el fondo de este misterio, y madre no ha querido hacérselo saber, por no aumentar su confusión y las dificultades de nuestro trato. La ha hecho creer que el contraste de nuestra felicidad con sus padecimientos, es lo que exaspera al enfermo cuando nos ve. Ester se queja de no poder ser útil á mi madre en los cuidados del paciente, y permanece en los aposentos contiguos para prestar sus servicios en todo lo exterior y necesario.

Caminaba sin tropiezo por la senda de la felicidad; todo parecía sonreírme. Ester me quería y mis padres bendecían nuestros amores. Tenía absoluta confianza en la realización de mis sueños; alar-

gaba ya la mano para recoger el lauro del triunfo; y en el momento menos pensado, aparece un obstáculo formidable ante mis pasos: la rivalidad de mi hermano. ¡Y qué hermano! Un ser enfermizo y moribundo, que desde que abrió los ojos á la luz no ha dejado de padecer, que todos los días se acerca más al sepulcro, y que parece haber sido destinado por la suerte á un perenne martirio. Querido con predilección por mis padres, compadecido por todos, yace postrado en el lecho del dolor, víctima de su desventura y de mi dicha.

Este aguijón que llevo clavado en el pecho, no me permite entregarme á las expansiones de mi alegría; porque los sufrimientos de mi hermano repercuten en mi corazón de un modo amargo, y siento como remordimiento de ser feliz á costa de su sosiego, y tal vez de su existencia. Y me echo en cara á mí mismo el haber aumentado su congoja y ser la causa de la agravación de sus males. Mis padres deploran tanto como yo esta complicación, y no cesan de lamentarse de que las aficiones de mi hermano hayan tomado ese camino.

Continúan, á pesar de todo, los preparativos de mi enlace con Ester. Hemos tomado casa al lado de la de mis padres, y hemos comunicado las habitaciones abriendo puertas en los muros divisorios.

Ester me ha ayudado á elegir muebles, tapices y vajilla. Creo que viviremos á nuestras anchas y muy contentos en nuestro nuevo hogar. Donde quiera estaríamos contentos, queriéndonos como nos queremos; pero mucho más en una casita tan risueña y tan coqueta como esa.

X

La crisis de Gabriel se agrava, y con ella la desolación de mis padres y la mía. Me ven con ojos angustiados, y me preguntan con frecuencia:

—¿Qué hacemos, Teodoro?

—¿Cómo salvaremos á tu hermano?

Y yo no sé qué decirles. ¿Está acaso en mi mano devolverle la salud? ¿Puedo cambiar su destino?

Lo único que hago es afligirme. Dios bien sabe cuánto sufro con el espectáculo de sus padecimientos. Y es tanto más penosa mi situación, cuanto que no puedo desahogar mis penas confiándolas á Ester. Me ha interrogado varias veces sobre la causa de mi tristeza; pero no se la he dicho, aunque la verdad asomaba á mis labios. El deber me lo impide.

XI

Dios mío ¿qué va á ser de mí? A medida que la situación de Gabriel se hace más peligrosa, aumentan las dificultades de la mía. Va mi destino tras el suyo como siervo, obscureciéndose con las mismas sombras que le cubren.

Acaba de pasar una junta, cuyas trascendencias presiento serán muy graves para mí. Los doctores que asisten á Gabriel, mis padres y yo la hemos celebrado á puerta cerrada. En ella se discutió con claridad, sin ambages ni atenuaciones, el estado del paciente; y todos hemos convenido en que es muy alarmante.

—La ciencia, dijo uno de los doctores, suele curar los dolores físicos: pero nunca los del alma.

—Eso, saltó el otro, la enfermedad de don Gabriel es compleja; de alma y cuerpo. Nosotros somos médicos del cuerpo; no del espíritu.

—¿De modo que?... preguntó ansioso mi padre.

—Que el enfermo está corriendo un riesgo muy grande, dijo el primero.

—¿Creen ustedes que se morirá? articuló mi madre sollozando.

Los doctores sin responder, inclinaron la cabeza.

—¿No hay remedio? interrogó mi padre con voz ahogada.

—¿Ninguna esperanza? prosiguió mi madre.

Un silencio embarazoso siguió á sus interrogaciones. Entretanto, callaba yo sin saber por qué. Sentía que mi voz sonaría con timbre falso en aquel diálogo. Me sentía como extraño al grupo, como elemento discordante, casi como elemento hostil. Y lleno de compasión hacia el dolor de mis padres y de mi hermano moribundo, sentía no obstante, por instinto, que había llegado el momento de defender mi porvenir á brazo partido.

—¿De suerte, señores doctores, continuó mi madre, que creen ustedes no hay recurso en lo humano para salvar á mi hijo?

—Es muy duro para mí, señora mía, repuso el primer doctor, decir á vd. eso...

—Pues entonces ¿qué hacemos? continuó mi madre retorciéndose las manos.

—Pedir á Dios mucho, señora, dijo el segundo doctor.

—¿Pero á ustedes no les ocurre nada? suplicó mi padre con el rostro trastornado. ¿Nada?... ¿Nada? A un compañero que sufre, no se le abandona de esa manera.... Vamos, pongan ustedes á contribución toda su sabiduría.... Lo reclamo en nombre de nuestra amistad.

Hubo otra pausa penosa. Los doctores, entretanto, se veían con ojos de incertidumbre. Al fin habló el primero.

—Don Javier, dijo, insistimos en declararnos incapaces de salvar á don Gabriel; pero no desconocemos que puede haber alguna esperanza, aunque de otro orden.... Pero ese remedio no está en nuestras manos.

—¿Cuál? clamó mi padre vivamente. Dígalo usted, compañero.

Mi madre, entretanto, enjugándose las lágrimas, clavaba en los doctores una mirada ansiosa.

—La esperanza consiste, dijo el segundo doctor mirándome fijamente, en que cambien las circunstancias morales que rodean al enfermo.

Tuve la intuición de lo que aquello significaba.

—Explíquese vd., doctor, rogó mi madre.

—No sé si debemos, articuló el primero vacilando. La presencia del joven compañero don Teodoro nos impide hablar con libertad.

—¿La mía? pregunté maquinalmente.

—Sí, continuó el segundo, porque lo que vamos á decir se refiere á vd. de un modo indirecto.

—¡A mí! exclamé con fingida sorpresa.

—Sí compañero, á vd., á vd.

—En ese caso me marchó, dije levantándome.

—No, ordenó mi padre, quédate. Es asunto de familia que á todos nos interesa, y debes oírlo; tanto más si de alguna manera te incumbe en lo personal.

—Está bien, repuse, sentándome de nuevo. Ya lo ve vd., colega, proseguí dirigiéndome al segundo doctor.

—Lo que quería decir, continuó éste, es la consecuencia lógica de lo que todos sabemos. Don Gabriel está enamorado de Ester, y tan grande es la pesadumbre que le causa el perderla, que va pagando su inclinación con la vida. Su enfermedad, grave por sí misma, se ha complicado con esta nueva causa de padecimiento. Es un espantoso combustible que se ha echado en el fuego.

—¿Y bien? exclamó mi madre con angustia.

—Que la única esperanza que hay de que el enfermo pueda recobrase, continuó el segundo doctor, es que se suspenda el matrimonio del señor compañero (dirigiéndose á mí.)

—Pero eso no sería posible, objeté.

—Noten ustedes, prosiguió el primer doctor fingiendo no oírme, cómo la gravedad de don Gabriel ha seguido una marcha paralela á los preparativos matrimoniales. A medida que se ha ido aproximando la fecha señalada para el enlace, ha ido recrudeciéndose.

—Bien podría ser que muriese el mismo día de la boda, añadió el segundo.

—¡Qué horrible sería! sollozó mi padre.

Mi madre lloraba sin hablar. Yo estaba anonadado.

—Hé aquí cuanto teníamos que decir, prosiguió el primer doctor levantándose.

—Por lo demás, prosiguió el segundo siguiendo su ejemplo, el señor compañero (dirigiéndose á mí,) tiene razón quizás. Suspender la ceremonia es casi inútil: sería nada más aplazar el funesto desenlace. Al volver los preparativos matrimoniales, vendría con ellos una nueva gravedad. Bien visto, el único remedio para aquellos males, sería prescindir por completo del enlace. Pero eso no puede ser....

Diciendo esto, se inclinaron profundamente ambos colegas, y se marcharon dejándonos á mis padres y á mí sumidos en la mayor consternación.

XII

Hay sombra de catástrofe sobre esta casa. Todo el mundo está azorado, y corre, y jadea. Ha sufrido Gabriel algunos síncope, y varias veces se han encendido las velas benditas creyéndolo en agonía. El triste olor de la cera llena las habitaciones.

Pero la desdicha que nos amenaza, no ha de caer sobre mi hermano; la siento llegar, oigo sus pasos. Viene á mí en rechura. . . .

Han vuelto los doctores al obscurecer, y hallando á Gabriel peor que esta mañana, han anunciado que sólo una impresión favorable y repentina podría acaso salvarle. . . . y que las circunstancias son tan críticas, que debe ensayarse el remedio sin pérdida de tiempo.

Por más que mi corazón lo resista, comprendo que mis colegas tienen razón. Varias veces, durante mi práctica en los hospitales, he presenciado alivios casi milagrosos, efectuados por gratas impresiones morales, en enfermos neuróticos. Quien se entrega á la muerte, muere más pronto que el que no quiere morir. El desesperado es presa más fácil del sepulcro, que el que lleva el alma llena de ilusiones.

Pero no estoy obligado á renunciar á mi felicidad, y á lanzarme en la desesperación, por salvar la vida de otro, aunque sea mi hermano. Sería una acción hermosa, pero suicida. Así, pues, este es el dilema: ó ser dichoso y matar á Gabriel, ó salvarlo y perder la dicha.

¡Dios mío, inspírame! ¡Dios mío, protéjeme!

XIII

Apenas se habían marchado los doctores, salió mi padre á buscarme por la galería. En aquellos momentos hablaba yo con Ester en la forma triste, penosa y reservada que las circunstancias me imponen. Ella, la pobrecilla, hondamente sobresaltada, se empeñaba más que nunca en hacerme decir la verdad, y yo era presa de una angustia espantosa. Nuestro diálogo fué interrumpido por la llegada de mi padre, quien, después de breves palabras cambiadas con nosotros, me cogió por el brazo y me condujo al salón, donde nos esperaba mi madre.

—Queremos pedirte un favor, dijo mi padre con solemnidad.

—¡Ustedes pedirme favor! exclamé con viveza. Los padres nunca suplican; siempre mandan. Todo lo que ellos quieren, es una orden para sus hijos.

—Según y conforme, objetó mi madre. En tratándose de su educación y de su moralidad, así es: pero no cuando se trata de cosas en que son libres para obrar como quieren, por ley divina y humana.

—Yo no entiendo esas distinciones, repuse. Lo único que sé es que los quiero á ustedes de tal modo, que ya sea por deber ó por afecto, nada hay en el mundo que

más me complazca, que darles gusto en todo.

—Por eso te ha bendecido Dios, dijo mi padre con convicción. Las Divinas Letras han prometido larga vida sobre la tierra á los buenos hijos, y tú lo has sido para nosotros.

—Padre, articulé enternecido y con los ojos llenos de lágrimas, no estoy satisfecho de mí mismo. Me parece que he hecho poco por ustedes; pero ustedes son tan buenos, que todo me lo perdonan. ¡Con razón los quiero tanto!

Y avanzando hacia ellos, los estreché á ambos entre mis brazos, hasta juntar sus rostros venerables con el mío, y besé repetidas veces sus blancas y puras frentes surcadas por las arrugas de la edad y del dolor.

—Tu cariño, hijo, prosiguió mi padre, y la consideración con que nos ves á tu madre y á mí, es lo que nos da ánimo para hacerte la súplica de que iba hablando.

—Súplica no, padre, orden.

—Súplica, sólo súplica, insistió mi padre con firmeza; no tenemos derecho á otra cosa.

—Y muy rendida, agregó mi madre. Ya ves que se está muriendo tu hermano.

—Y sabes que no tiene remedio su mal.... salvo uno que conoces, agregó mi padre sin atreverse á mirarme.

—Sí, lo sé, repuse con el alma angustiada.

—Eso es lo que venimos á pedirte, dijo mi madre, que seas el médico de Gabriel, que no le dejes morir, que le salves....

—¿Yo? pregunté absorto. ¿Soy acaso Dios?

—Por voluntad de El, continuó mi padre, estás colocado en situación á propósito para libertarle de una muerte próxima.

—¿Por qué remedio? pregunté maquinalmente, como si no recordase lo que sabía.

—Por el indicado, repuso mi padre con voz sorda.

—No acierto, mentí.

—No casarte, aclaró mi madre,.... al menos por ahora.

—¿Que no me case! murmuré. ¿Qué prescindas de Ester? ¿Que falte á la palabra empeñada? ¿Que abandone á una joven buena y desamaparada que ha confiado en mi hidalguía?

—No, eso no; las cosas no deben tomarse de esa manera, objetó mi padre. Lo que te pedimos es que por un acto sublime de abnegación, des á tu pobre hermano que se muere, un poco de ese ambiente de vida y de felicidad que respiras á plenos pulmones. Un átomo solo de tu dicha le salvará del sepulcro.... un átomo, sólo un átomo.

—¿Un átomo, padre? ¿Creen ustedes que Ester vale tan poco? ¿que el amor es cosa tan pequeña? ¿que la felicidad es una bicoca? No, Ester es para mí el aire, la luz, el espacio, el sol, que alumbró y vivifica, el mundo entero que me sostiene y me lleva en su seno.....

—Dale á eso el nombre que quieras, me interrumpió mi madre. Lo que tu padre y yo te pedimos es que prescindas de tu enlace con Ester, en obsequio del pobre Gabriel que trajo á este mundo un destino tan doloroso, que ha sufrido tanto, y que, según parece, no hará en ningún caso huesos viejos.

—Padres míos, repuse con amargura, bien veo que ustedes me quieren poco; Gabriel es ahora más que nunca, el preferido. Entre los dos destinos, el mío y el de él, se inclinan ustedes hacia el suyo. Todo su anhelo es favorecerle, y quieren hacerlo á costa mía. Eso no está bien, queridos padres, permitan ustedes que se lo diga.

—No lo vuelvas á decir, replicó mi padre con viveza. ¿Nosotros quererte poco? ¿Preferir á Gabriel? Ni á tí ni á él; Dios bien lo sabe. Los dos son sagrados para nosotros, á los dos los queremos entrañablemente. Lo que pasa es que la situación de ambos es muy distinta: tú sano, alegre, celebrado, con un gran porvenir delante de tí; él enfermo, triste, olvidado,

con la muerte por todo horizonte. Este contraste nos hace ponernos á su lado para sostenerlo y ver si podemos salvarlo. Tú no lo necesitas; vuelas con propias alas y te abrirás paso por donde quieras. ¿Pero el desdichado Gabriel?..... No puede salvarse ni sostenerse; si no fuera por el apoyo de nuestros brazos, ya se hubiera desplomado. No sabes, hijo, no comprendes lo que es el corazón paterno. Siempre se vuelve hacia el lado del hijo más infeliz; no por predilección de cariño, sino por instinto de protección. La Divinidad lo ha dispuesto así para bien de la descendencia. El amor paterno restablece en la familia el equilibrio roto por el capricho de la suerte ó por la injusticia de los hombres, y se pronuncia en favor del hijo feo, tonto, débil, cobarde, tal vez perverso, que todo el mundo desdeña ó execra, por un acto de sublime compasión que no puedes comprender todavía..... Ese es el motivo único porque tu madre y yo somos aliados de Gabriel; no por que le queramos más, sino porque nos necesita más; no porque sea nuestro predilecto, sino porque es el más desdichado.

—Así es, continuó mi madre con mayor dulzura de la que hasta entonces había yo encontrado en su voz; ¡pero quererte á tí menos! ¡Qué locura! Si tu padre y yo te queremos con decisión... Si eres nuestro orgullo.... Si eres nuestra esperan-

za. . . . y has de ser nuestro apoyo. . . . Si tú fueses quien sufriera, sería á Gabriel á quien le pidiésemos te cediese el lugar.

Hice con la cabeza varios signos negativos, y luego continué:

—El aplazamiento de mi enlace sería ineficaz, porque suponiendo que consintiese en él, tornaría la gravedad tan pronto como volviese á tratarse de mi matrimonio. Solamente que ustedes me exigiesen que. . . .

Me detuve, no pude decirlo; me pareció enorme. Mi madre, adelantándose á mis palabras, dijo que sí con la cabeza.

—Eso, articuló mi padre con esfuerzo, eso es lo que te pedimos: una renuncia absoluta. . . . al menos mientras viva Gabriel.

—¡No! protesté, ¡nunca! Ustedes no pueden pedirme tanto.

—Ya se ve que no te lo exigimos, hijito. Ya te lo dijimos, repuso mi madre. Pero sí te lo suplicamos fiados en tu bondad. . . . Por nosotros y por él.

—Nó, insistí, eso nó.

—Reflexionándolo despacio, es lo único bueno que puedes poner por obra, objetó mi padre. Si no lo hicieras, serías testigo de la muerte de tu hermano, y tal vez de la nuestra. Si fueses distinto de como Dios te ha formado, no te preocuparías por ese recuerdo; pero siendo como eres, tan bueno, no te permitirá ser feliz, sería

una sombra que te seguiría por todas partes.

—Padre, no me atormente vd. de ese modo, clamé sollozando.

—Hijito, hijito mío, articuló mi madre enternecida acariciándome los cabellos.

Durante algunos momentos no se oyó en el aposento más ruido que el de mis sollozos y el leve tic tac del reloj de la consola.

—Es preciso tomar alguna decisión, insistió mi padre. Cada minuto que pasa es una pérdida irreparable de tiempo. Gabriel se está muriendo.

—¿Nos haces la merced que te pedimos? preguntó mi madre con suavidad. ¿Nos la haces, hijito?

Sin hablar, hice con la cabeza un movimiento negativo.

—¿No? insistió ella.

—¿No? repitió mi padre.

—No puedo. . . . no puedo, repuse con voz entrecortada.

Sentí que mi madre se deslizaba de su asiento y me abrazaba las rodillas.

—¡Nó! ¡Tanto como eso nó! dijo mi padre con severidad.

—Todo por Gabriel, repuso mi madre. ¡Esto y más, déjame!

Al apartar las manos del rostro, ví á mi madre arrodillada, y á mi padre de pie, lívido, junto á ella.

—¿Qué es eso, madre? grité dejando de llorar.

—Que te estoy pidiendo de nuevo la vida de tu hermano, repuso llorando.

—Madre, clamé levántese usted. Eso no está bueno. ¡Por Dios, madre!

E hice repetidos esfuerzos por levantarla; pero ella resistía.

—No, prosiguió, no me levantaré de aquí hasta que me lo concedas....

Me horroricé al ver á mi madre humillada delante de mí. Me pareció que era yo un mónstruo, el sér más miserable del mundo.

—¡Madre, madre, levántese! exclamé. Haré lo que vd. quiera.

—¿De veras?

—De veras, se lo juro por Dios.... Pero levántese.

—Dios te lo pague, dijo la santa señora.

Y levantándose, pasó por mi cuello sus brazos marchitos y me besó con transporte. A pesar de mi aturdimiento, distinguí el llanto grave de mi padre sonar junto á mi oído. El también me besaba, pero en silencio, apoderado de una de mis manos.

Después ajustamos los términos de mi inmolación. Saldría luego de Guadalajara, y no tornaría sino en el caso de muerte de Gabriel. Diría á Ester que volvería pronto, y que aplazaba nuestro matrimonio, y que salía dela ciudad sólo por causar

una sacudida nerviosa, que podría ser favorable, en el organismo de Gabriel. No me dejaron ni el consuelo de escribirle. Mis cartas, dijeron, mantendrían indefinidamente aquella situación penosa, y yo quedaba obligado á renunciar á todo, mientras viviese mi hermano. Había que hacer las cosas en regla, ya que me prestaba á tan buena acción. Pero si mi hermano moría, podría volar á mi casa sin pérdida de momento. Entretanto, quedaba desterrado de ella en lo absoluto. ¿Y Ester? Mis padres me juraron solemnemente que no la abandonarían, que velarían por su suerte, y que procurarían hacerla dichosa.... Para no herir su susceptibilidad, sería preciso ocultárselo todo. Porque sería para ella una humillación saber que, de acuerdo padres é hijo, habíamos dispuesto de su destino como habíamos querido, la habíamos arrancado del altar á donde llegaba ya coronada de azahares, y la habíamos inmolado en aras de un moribundo. Sobre esto insistieron mucho mis padres, haciéndome jurar que no revelaría la verdad á la joven, ahora ni nunca, porque si llegaba á vislumbrarla, seguramente no perdonaría el mal que le hubiésemos hecho. Era, pues, preciso impedir á toda costa que la penetrase. Por lo mismo, ellos también, mis padres, respondían del silencio de los médicos.

Ofrecí y juré cuanto me dijeron, dán-

dome cuenta apenas de lo que hacía; tan aturcido así me tenían mis propias penas. Sólo más tarde, cuando entré en mi aposento para arreglar mis maletas, me he hecho cargo de la inmensidad de mi compromiso y de lo inevitable de mi desventura.

El solo consuelo que llevo en el fondo del alma, es el de renunciar á la felicidad por mi hermano, y el de depositar en el corazón de mis padres una gota de bálsamo: la esperanza. También me confortan las bendiciones que ellos me prodigan. Han invocado cien veces en favor mío el nombre de Dios, y le han puesto por testigo de su amor y de mi obediencia, de su gratitud y de mi inmolación; y poniendo sobre mi frente las manos blancas y trémulas, han llamado sobre mí todas las alegrías, todas las recompensas, todos los bienes que puede el cielo derramar sobre sus criaturas. Tengo fe en que sus palabras habrán de cumplirse y de fructificar algún día en mi camino, como semilla bendita; y en que al fin, tarde ó temprano, bañará mi frente la sonrisa de Dios, como un rayo de luz. ¿Será mientras viva? ¿Será á la hora de mi muerte?

Entretanto, ¡adiós hogar paterno, adiós amor de mi vida, Ester mía, adiós! ¿Os volveré á ver algún día, seres que tanto amo? ¿Tornaré á tu seno, mundo adora-

do de mis hondos, de mis caros, de mis únicos afectos?

Al apartarme de este techo tan querido, desgárranse una á una las fibras de mi corazón, desfallecen mis fuerzas, y no veo delante de mí más que las sombras de la noche. ¿A dónde voy? ¿qué haré? ¿qué luz guiará mis pasos?

Y tú, Ester, alma de mi alma ¿qué vas á pensar de mí? ¿Qué vas á creer de mis juramentos, de mi amor? Me acusarás de ingrato, de pérfido. ¡Y no podré defenderme, ni explicarte las causas de mi conducta, ni abrirte el corazón para que veas en su fondo tu imagen hermosísima grabada con luz de amor y con fuego de pasión, ardiendo única y sola, como el sol en el espacio! Te quejarás de mi falsía, me acusarás de infame, me execrarás tal vez; y no sabrás que á pesar de mi alejamiento, te seguiré amando con arrebato, y que te amaré tanto más cuanto más lejos me halle de tí, cuanto sean para mí más imposibles tu amor y mi alegría.

Sólo una esperanza me queda: la desaparición de Gabriel; pero ¿debo acariciarla? ¿No es monstruoso desear la muerte de mi hermano y el llanto de mis padres? Triste esperanza la mía, que sólo puede levantarse de la tristeza de una tumba.

Siento, no obstante, sobre mí, la mirada de ese Infinito que nos ha criado y que

engrandece los destinos humanos: ella me guía, ella me fortifica, ella señala mi rumbo en medio de la obscuridad. Amor paterno, piedad filial, dadme fuerzas para el sacrificio. Y tú, amor mío, perdóname.

CAPITULO IV

ULTIMA CARTA DE ESTER A IGNACIA

Debe haberte sorprendido la noticia de mi matrimonio. Hace tiempo que no te escribo; no has estado al tanto de lo que ha sido mi vida durante más de un año. Desde que Teodoro me abandonó, caí en un desaliento profundo, y quedé sumida mi existencia en un vacío tan hondo, que no tuve fuerzas para nada, ni aún para tomar la pluma. Además, no hallaba asunto para mis cartas. ¿Qué te hubiera dicho en ellas? ¿Que lloraba? ¿Que me sentía muy desgraciada? ¿Que tenía lástima de mí misma, al verme engañada y despreciada por el hombre á quien había querido tanto? Lo sabías muy bien, no había para qué repetirlo.

Pretendí dejar la casa de mis bienhechores; pero se opusieron á ello con tal decisión, que me dió pena abandonarlos, y, más estando su hijo moribundo y ellos

entrados en años y sin tener quien los auxiliara. Permanecí, pues, á su lado; pero llena de una tristeza de esas que cambian el carácter hasta volverlo inconocible.

Me sirvió de consuelo en aquella situación, observar que la mejoría de Gabriel fué acentuándose gradualmente. Después de algunos meses, volvió el joven á su vida habitual, y antes de un año, parecía más fuerte que nunca. Por supuesto que no ha sanado: la enfermedad cardiaca de que adolece, es de las que no tienen remedio; pero dicen los médicos, que se ha establecido una compensación en las funciones de ese órgano, en virtud de la cual vive el joven como si estuviese sano, aunque ese acomodamiento puede desaparecer en un instante, con motivo de cualquier sufrimiento grave. Entretanto, repito, Gabriel cambió de tal modo, que nadie le hubiera conocido. Con la robustez de la salud, mejoró notablemente su aspecto, y sus facciones adquirieron una corrección que había ya sospechado, cuando, analizándolas marchitas, comprendí ganarían mucho con la lozanía.

Con motivo de la transformación de Gabriel, don Javier y doña Tula rejuvenecieron, no cabían en sí de contento, y no cesaban de dar gracias á Dios por la merced que les había hecho de conservarles la vida de su hijo.